

peya de Moñi» y otros relatos que han valorizado la obra de este escritor. En el trozo que transcribimos se puede comprobar la verdad de esta afirmación.

«Las rachas invisibles del huracán, aliento de las nieves eternas, siguen flagelando los peñascos desnudos, arañando las aguas inmóviles, torturando las aguas de los michayes y romerillos de los cajones, vencedoras del agua y del sol. En medio de su rugir bravío, inacabable, la agonía del pastorcillo y los agudos gritos del cóndor son menos que el canto armonioso de un arroyo o el estornudo de los tunducos trogloditas».

Ahora la Editorial Cruz del Sur ha publicado dos de sus cuentos, cuyos títulos encabezan estas líneas, en un breve volumen, pulcramente editado. «Sandías ribereñas» corresponde a la etapa naturalista de la obra de Latorre. Es el observador que en ningún momento se aleja del objetivo, fíncando en él su fuerza creadora y el sabor vernáculo de su creación artística. En la «Epopéya de Moñi», ya encontramos al escritor evolucionado dueño de un estilo y conocedor de los secretos del idioma. Son dos bellos cuentos que dan una idea exacta de la capacidad de un escritor.

CUESTIONES MÍNIMAS DE EDUCACIÓN.

<https://doi.org/10.29393/At202-12CMDI10012>

Moisés Mussa es uno de esos maestros a los cuales, sin pecar en un excesivo elogio, se podría calificar de ejemplares en el ejercicio de su profesión. Bajo su apariencia de hombre frío y, un tanto indiferente, se oculta el espíritu de un hombre generoso, sincero y leal consigo mismo y, con la misión que la sociedad le ha encomendado. Es el tipo del educador nato, del hombre que se da con vivo fervor al apostolado de la enseñanza. Porque en Mussa se nos presenta el caso del hombre que lleva con él la convicción de que un maestro no sólo se debe limitar a enseñar, sino que junto con eso, a formar el alma de los niños, a descubrirles horizontes, que sin sacarlos

de su medio, ni de su capacidad, los incita a buscar su personalidad, formando de este modo la base sólida en que se afirme el espíritu de un pueblo en su marcha hacia el futuro.

Cuestiones mínimas, llama Mussa las que trata en su libro y en realidad, el título peca de excesiva modestia, porque precisamente no son mínimas, sino de una enorme importancia en la educación y en el concepto que deben tener los padres de familia acerca de la pesada labor del maestro. Leyendo el libro de Mussa, el lector se da cuenta hasta qué punto el autor está saturado y preocupado de todos los problemas relacionados con el proceso educativo y con la formación del niño. Es un idealista, y no obstante, no se pierde ni distrae en divagaciones retóricas sino que va al grano, abordando de frente la cuestión que lo preocupa. De este modo el autor de este interesante libro, aborda todos los problemas iniciales que se presentan al maestro, que entrega con amor y devoción lo mejor de su espíritu a la tarea de enseñar y educar. No es Mussa el profesor que se sitúa frente al alumno en la vanidosa actitud del que todo lo sabe para decir: mírense en este modelo.

Por el contrario, esta obra demuestra la inquietud perpetua de un hombre que anhela sinceramente, servir a la sociedad en que vive. Del que llega a la escuela con deseos de enseñar y a la vez de aprender. Cada curso es para él un campo de experimentación, en que la edad, el carácter, la sensibilidad y las inclinaciones del alumno, la incitan a descubrir un nuevo camino. Está siempre atento a su responsabilidad. No olvida que es como el médico encargado de cuidar, de velar afanosamente por conservar la salud de los niños.

Nació Mussa para ser maestro, para darse íntegramente a su profesión. Su libro es como un catecismo en que se adoctrina la fe de un pueblo que desea ser grande y tiene la resolución de conseguirlo.